

Memorio 12-11-89. P. E3

2634

1899
1946

167999

Nunca Demasiado Borges

Por Luis Vargas Saavedra

Jorge Luis Borges.



(LA ROSA DE PARACELSO, TIGRES AZULES, por Jorge Luis Borges, El Compás de Oro, Suiza, 1986. JORGE LUIS BORGES EN SU ALMA ENAMORADA, por Juan Antonio Massone, Ediciones Aire Libre, 1988. BORGES, FOTOGRAFÍAS Y MANUSCRITOS, recopilación y ordenamiento de Miguel de Torre Borges, Ediciones Rengón, Buenos Aires, 1987.)

BORGES y sobre Borges: tres libros recientes. El primero: "La rosa de Paracelso, Tigres azules", no puede sino ser suyo, por los tigras. Dos cuentos que no vienen en sus "Obras completas", y de los cuales esta hermosa edición no da prenda alguna. Serán póstumos. Se ensamblan con la calidad ya reconocida de toda su obra. "La rosa de Paracelso" varía sobre el tema de "lo mago", un discípulo atarantado pide y exige de su maestro una desamparante prueba de magia, tal como los judíos que le cobraban milagro a Jesús. En el sobrio desasimiento del mago, que ya viene de vuelta de todo alarde, hay una metáfora de: propio Borges que también regresa de toda ostentación.

Tigres azules que se viran en piedras azules que... se viran en otras piedras, según cifras de monstruosas índole aritmética. En el veteidoso puñado de piedrecitas se produce y vuelve a producir la ruptura de lo normal-real-actual: estamos delante del fenómeno insólito que rebata las leyes cósmicas. Hombre que entre en contacto con esas rupturas de lo establecido (tal como Prometeo con el fuego, tal como Cristo con el amor) arriesga una muerte pavorosa. Ese rastreador de tigres azules es pariente del héroe griego que se atrevía a desobedecer o torear a los dioses. Así es el héroe borgiano: un atrevido explorador de lo desconocido, un científico con coraje de Colón, pero sin ayudantes: solitario héroe de la curiosidad. Como siempre en Borges, la mente que quiere saber y ver, impulsa aventuras sin límites, es lo que antes contara en "El Aleph": la instantánea visión total del universo, que posee la Divinidad. Fray Luis de León anhelaba idéntica riqueza en su "Oda a Salinas" ascender, vía la música, a la música, y allá, en la armonía de las armonías, abarcar todo lo existente.

El rastreador de tigres azules ha quedado prisionero de su tesoro de piedras azules; lo obsesionan: son un caos de... bolsillo, que él acarrea como los Curie el puñado de radium. Al revés de Fray Luis de León, este héroe se ha adueñado de la contra-armonía, del rebatimiento de las matemáticas. Desde el momento en que dos más dos no dan cuatro, la mente que presencia esa fácil aberración enloquece.

Aquí hay una variante del tema también tratado en "El Aleph": cualquier ítem tatuado en la memoria — sea un aviso de cigarrillos o sea una moneda— omnipresente como un dolor que no cesa, conduce a la locura.

Borges pudo enloquecer de Borges. La ronda asediante de unos quince asuntos mentales, en carrusel por los sesos, sin dejar de reaparecer a cada giro, eso es su obra, y eso pudo ser su manicomio. Pero, merced a las variaciones y modulaciones, es decir, gracias al arte gobernado, pudo medicinarse, logró seguir siendo y escribir.

Estos dos cuentos están escritos con la elegancia concisa de la última época suya; el segundo es de abril de 1977. Borges, fuera de remediarse la locura latente, se remedió el hiperbarzo.

escritor, según él mismo en sus poemas y entrevistas. Con ellas eslabona una secuencia que es todo un esbozo de autobiografía editada por mano ajena. Ahora que Borges ha callado, será fama de entresacar temáticamente su vida, sus lecturas, sus obras, todo ello entrelazado.

Tiene Borges un ensayo acerca de Quevedo, donde se pregunta por qué razón un tal coloso de las letras no es mundialmente conocido. Y se responde: porque no hay ningún nombre de mujer allegado al suyo; pero gran amor. Uno se queda pensando que tampoco lo hay en Cervantes. Y, leído Massone, se sigue pensando que el "test Quevedo" bien podría ser el test de Borges.

Lo que se aprende en Massone son nombres ocasionales (que en vez de tarjar, rubrican el reproche de hombre libreo), más bien una galería platónica, en donde se destacan los cinco años de romance con la bailarina Cecilia, hija del escritor José Ingenieros. (Que yo recuerde, una sola vez mencionada por Borges, en el Epílogo de "El Aleph", a propósito del cuento "Emma Zunz" — el de la vengadora paterna que se hace forzar por un marino para mentalmente recompensarlo por la víctima— "cuyo argumento espléndido, tan superior a su ejecución temerosa, me fue dado por Cecilia Ingenieros.") Elsa Astete, única esposa de Borges, fue un error de nostalgia que duró cuatro años, de 1968 a 1972. Hay la Beatriz Babiloni de "Dos poemas ingleses" y la Beatriz Viterbo de "El Aleph"; dantesca Beatriz, en ambos casos. Pero por encima de todas ellas, se ejerce Leonor Acevedo, su madre "el joven amar de mi madre" (escribe en "El amenazado").

Por trillado y pulverizado que esté el edipismo freudiano, alguien estudiará la presencia de esa madre: en una vida que se volvió obra. Marginal, sólo en apariencia. No hubo directa tutela ni interferencia en lo que el hijo escribía, aunque él haya contado cómo le leía y cuánto le apreciaba el parecer.

Volviendo al libro de Massone, me parece un útil e interesante esbozo del gran tema, al cual no ha pretendido agotar. Ante el cual no debiera anonadarse.

Miguel de Torre Borges dedica su libro así: "A mi abuela Leonor Acevedo de Borges". IIsto que apunta a la gran dama, al Gran Poder. Comienza el libro con un prólogo donde Adolfo Biny Casares se alinea a una frase de Borges: "Mientras aguardábamos tiosos el clic de la cámara, Borges me susurró: «Qué raro que toda persona tenga pequeños duplicados de sí misma. Son como los respuestos de sí que tenía en la tumba el faraón»".

Lo valioso del libro son justamente esos ex respuestos, que ya no le sirven al ido, pero que nos sirven a los que aún no nos vamos: al fin aprendemos cómo era la cara que mereció tener esa abuela paterna de Borges, que "pidió perdón a sus hijos por morir tan despacio...". Viendo a los antepasados de pie, de uniforme, de gala; de picnic, entendemos mejor el cariño del tatarabuelo y le pedimos perdón por leerlo tan rápido. Hallaremos dibujado con seguridad y bosca mano de infante, el tigre de su tigrería obsesional. Un dibujo domiciliado en la magia de los ciervos y bisontes de Altamira (que acaso vayan huyendo de ese tigre) y ransosamente domiciliado entre los petroglifos de la

tas, con cada palabra eslabonada en letras de imprenta; todo muy lacónico y muy libro. Allegando lupa, hay que rastrear en los manuscritos fotografiados, la límpida esgrima mental con que las palabras van siendo ganadas. No hay "camotes", ninguna frase con rayaduras y sobrerayaduras, hasta quedar hecha una zarza de tinta china. Se nota decoro, esmero, pulcritud. Mente rápida, mano lenta, porque una tal calligrafía impide correr con la pluma tras la idea.

En 1923 se parece a Ricardo Latcham, atenuado. En 1924 los anteojos de salero le dan un inevitable aire de notario, de adusto inquisidor. Es otra persona con la única barba que soporó, en 1938, reponiéndose del accidente en la cabeza, que le diers septicemia y el primer gran cuento: "Sur". Así, con barba, recuerda a... Neruda, el que huía por la cordillera. Una foto de 1945: Borges contempla como un connoisseur el atractivo de Estela Canto. A partir de 1970 pierde kilos y la cara se le refina y alarga (la Muerte copia al Greco).

El libro se detiene en el umbral de la fama delirante porque, como lo dice Emir Rodríguez Monegal: "A partir de esta fecha (1976), los homenajes, los doctorados, los viajes, los simposios y congresos se multiplican hasta el delirio. Es imposible registrarlos todos". (En *Ficciones*, F.C.E., México, 1985, p. 422.)

Como conjunto de imágenes, el libro es un tesoro: no hay otra recopilación que lo eclipse. Pero su misma índole preciosa debió merecer tipografía y edición preciosas. Por ser barato... ha sido pobre: el papel, las tapas, el formato. De Freud y de Colette hay libros ejemplares, donde vemos los daguerrotipos en forma triple, es decir, los vemos, y donde las tarjetas y las cartas están acatadas en tamaño natural. Así y todo, este libro, por la fuerza de sus ilustraciones, no puede ser desestimado. Todo admirador de Borges debería tener su ejemplar.

Luis Vargas Saavedra
de la Universidad Metropolitana

Nunca demasiado Borges [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nunca demasiado Borges [artículo] Luis Vargas Saavedra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile